

MARKOS ZAPIAIN

¿Cuál es la esencia de la traducción?

Siendo éstas unas jornadas sobre la traducción, y teniendo en cuenta que las protagonizan gallegos, catalanes y vascos, la mayoría editores, poetas y literatos, es de temer una sucesión interminable de lamentos, y eso que no hay mucha gente de literatura infantil y juvenil. Los lamentos suenan razonables cuando se trata de la escasez de traducciones.

Ahora bien, de ese modo se nos hurta el protagonismo a los de filosofía, que somos en este caso quienes mayor derecho tenemos al dulce gozo del plañido, pues en este punto hemos de ser serios, es decir, debemos contar. Veamos: traducciones del galego al euskara, del euskara al galego, del galego al català, del català al galego, del català al euskara y del euskara al català, en el ámbito de la filosofía: una, nada más que una, un libro de Arturo Leyte sobre Heidegger y la hermenéutica, traducida excelentemente al euskara por Joxan Elozegi, gracias a la ayuda económica y de todo tipo del gobierno de Manuel Fraga. Gracinhas, Manolo.

Pero como soy vasco me da vergüenza llorar en público, de modo que me limitaré a hablar. Lo haré a partir de esa única traducción.

Eso sí, como aperitivo necesito un ejercicio de autosugestión exaltadora de lo filosófico.

Dice así: companheiras, companheiros, esto es un desastre. Se organizan unos encuentros sobre la traducción, y, con la habitual ligereza de los literatos, ni siquiera se os ocurre preguntar ¿qué es la traducción? ¿Cuál es la esencia de la traducción? Pero tranquilos, já soc aquí. El de filosofía os rescatará de vuestra cháchara superficial.

Listo.

Al grano.

Con la pregunta acerca de lo propio de la traducción de fondo, en la obra de

Heidegger cabe destacar un rasgo no muy sensato y otro bastante sensato.

A-El no muy sensato, en realidad francamente pesado, consiste en su manía de lo más profundo y del origen verdadero. No sólo repite una y otra vez aquello de Platón de que lo más excelso de cualquier ser se halla siempre en su origen, o el verso de Hölderlin: “tal como fuiste en el origen, así permanecerás”, sino que además en cada nueva conferencia trata de sorprender al oyente con el supuestamente impresionante descubrimiento de un fundamento todavía más profundo.

De suerte que si en “Ser y tiempo” el ser era el fundamento de todo ente, más tarde, en “Tiempo y ser”, será el “se da” (es gibt) lo que funda tanto al ser como al tiempo; después vendrá la “Lichtung”, el claro del ser, como ámbito necesario para que cualquier ente se dé o aparezca; finalmente el “Ereignis” será todavía más profundo que la Lichtung.

A Heidegger le gusta además utilizar la metáfora del árbol, siempre en busca de lo más originario. Si el ser es el tronco que sostiene las ramas y los pajarillos, que son los entes, la Lichtung equivaldría a las raíces de las que parte el tronco, y el Ereignis a la tierra que alimenta a las raíces.

Marea un poco, es cierto, pero como vamos de la mano del teutón, indagemos en el origen de la pregunta acerca de la esencia de la traducción.

¿Cuándo y dónde se dieron las condiciones que posibilitaron la aparición de la pregunta acerca de lo propio de la traducción?

Al parecer, esas condiciones se sitúan en Grecia, en los oscuros y enigmáticos siglos que van del décimo al sexto antes de Cristo.

Dichas condiciones crearon un movimiento vertical, hacia arriba, hacia una mayor abstracción, y, al par, una ampliación horizontal, relacionada con la tendencia curiosa, viajera y universalizadora del caldo de cultivo de la pregunta en cuestión.

1-En primer lugar, aparece el artículo neutro “to”, equivalente al “lo” castellano, o al sufijo vasco “tasun”, que posibilita preguntar por lo bello en general, por lo justo, o por lo propio de la traducción.

2-La aparición de la moneda, por otro lado, posibilita la liberación del trueque de elementos concretos. La moneda puede comprarlo todo, cualquier cosa puede convertirse en moneda. Del mismo modo, el Logos de Heráclito, la razón común o universal, puede comprender cualquier cosa, todo puede convertirse en sentido coherente para una mente humana. Así, cualquiera puede comprender la pregunta ¿qué es traducir?, y tratar de responderla.

3-En cuanto a lo que contribuye al ensanchamiento horizontal, tenemos la pasión viajera que les entró a los griegos en aquella época, pasión sobre todo mediterránea, que les llevó a una práctica concreta traductora y a superar el infantilismo psicológico según el cual lo verdadero y lo mejor es lo propio.

4-Tenemos asimismo la nueva organización de la ciudad propiciada por los invasores dorios, frente a la anterior micénico-minoica. Esta colocaba en el centro el palacio real, y a su alrededor las casas de agricultores, ganaderos y artesanos, que no podían sino obedecer al rey. Aquí se muestran juntos la jerarquía y el árbol.

En cambio, los dorios eliminan el palacio real central y lo sustituyen por nada, es decir, por una plaza, un ágora. En la plaza los ciudadanos pueden reunirse e intercambiar opiniones, aparece en germen cierta forma de democracia, se pasa del árbol a la hierba.

5-Además, surge la escritura vocálica. Antes del siglo diez, los griegos estaban sumergidos en la cultura oral, en la que lo fundamental es la repetición de la tradición. Sólo una élite de escribas conocía la escritura, que por otro lado era silábica, y por tanto tanto distinta de lo hablado.

Durante aquellos siglos, sin embargo, se importa por un lado abundante papiro de Egipto, y por otro de Fenicia el alfabeto, al cual los propios griegos incorporan las vocales, con lo que la semejanza entre lo escrito y lo hablado se acentúa. Todo ello contribuye a una extensión palpable, por una parte de la capacidad de leer y escribir a un mayor número de gente, y por otra de la circulación de escritos.

Y es precisamente junto con la escritura como pueden aparecer preguntas como ¿qué es la traducción?, que implican un alejamiento de la práctica concreta imposible en las culturas orales.

6-Al mismo tiempo, es importante subrayar que en aquella época coexisten dos estilos de culto religioso, uno apolíneo, diurno, tranquilo, y otro orgiástico, borracho, secreto, que se daba sobre todo en Eleusis, donde uno se buscaba a sí mismo mediante la pérdida de uno mismo, transgrediendo límites y normas.

Pues bien, la presión popular impuso la presencia de Dionisos en el templo más concurrido de Grecia, el de Delfos, donde la Pitia, una especie de medium, entraba en trance y deliraba unas incoherencias, dictadas al parecer por el propio Dios, que unos hermeneutas, sacerdotes e intérpretes al mismo tiempo, traducían a un lenguaje comprensible para los mortales de a pie.

En estos dos cultos se vislumbran dos actitudes distintas ante la traducción: la primera funcionarial, mecánica, lingüística, y la segunda más poética, más implicada, que valora el texto fuente como algo sagrado, y trata de recrearlo a través del alma de la lengua a la que se vierte.

C-Ese es el origen de la posibilidad de la pregunta acerca de la traducción, es decir, el origen de nuestras culturas escritas.

Sin embargo, cabe señalar que se ha querido presentar a los griegos como un comienzo absoluto, una potencia creadora que hace que lo suyo se traduzca pero que puede permitirse no traducir, como el Dios de Aristóteles, que hace que todo se sienta atraído amorosamente hacia él pero que no sufre la carencia que conduce a amar.

Esto es manifiestamente falso. Los griegos traducían. Sin embargo, también es cierto que quizá no se preguntaron con suficiente paciencia acerca de la traducción.

En cualquier caso, para llegar a nuestras culturas fue clave una gigantesca empresa traductora, muy generosa, la de los latinos con la cultura griega. Sufrieron mucho con lo que ellos mismos llamaban “carencias de la lengua patria”. Lucrecio se volvió loco intentando encontrar o crear los términos adecuados para traducir “átomo” o “ídolo”. Después surgieron las lenguas romances y las naciones estado, con lecturas obligatorias en la enseñanza de clásicos latinos y griegos, más las de los héroes literarios lugareños. Con esta obligatoriedad, junto a la del servicio militar, se hacía patria.

En esas estábamos cuando en 1632 nació en Amsterdam Spinoza, enemigo

acérrimo de todo centralismo, cuya actitud con respecto a los orígenes primordiales es más juiciosa que la de Heidegger. Spinoza toma parte en una polémica acerca de la perfección de Adán. La ortodoxia de la época defendía que Dios hizo perfecto a Adán, que después fue degenerando. Spinoza, por el contrario, cree más bien que Adán, en el origen, sería bastante melón, como un cantante antes de cantar por primera vez. Sólo tras experimentar largamente con uno mismo y con los demás, de intoxicarse con situaciones, gentes, alimentos y modos de hablar, y de resucitar una y otra vez, adquiere el ser humano cierta profundidad. A mitad de camino se es más interesante que al comienzo. En efecto, cuando se acerca uno al origen real, cuando se le despoja de su brillo mítico, suele sorprender la banalidad y la insignificancia del mismo, aunque a veces resulte simpático, como en el punto de partida del cristianismo, con la fantástica historia del ángel que tuvo que inventarse la pobre María para tranquilizar a José.

Y, si recordamos la serie de rasgos que caracterizan el comienzo de la posibilidad de plantear la pregunta acerca de la esencia de la traducción, no encontramos nada que nosotros no tengamos a mano, nada que hoy no nos resulte cotidiano. Disponemos del artículo “lo”, del concepto “razón universal” y del euro, viajamos, escribimos con alfabetos vocálicos y lo transmitimos a través de la red de redes, en Markina hay una plaza magnífica y genial que consta únicamente de hierba. En cuanto a los cultos religiosos, ya sólo en Bermeo hay unas cuantas Iglesias, muchas sectas, y, además, todas las lunas llenas, los viernes, hacia las dos de la madrugada, en los alrededores del faro de Machichaco, montamos unos aquelarres estupendos, hasta este momento secretos.

Eso sí, quizá nos ha faltado garbo a la hora de barrer el palacio central, siquiera de nuestras almas.

D-Ahora nos haremos eco de una actitud de Heidegger menos insensata que la anterior, aunque no deja de ser polémica, tal y como él la plantea. Para el suabo, cada lengua envuelve y expresa un alma, de modo que la traducción romana de lo griego es engañosa, cuando no pura degeneración. Según Heidegger, traducir “Logos” como “Ratio” es muy empobrecedor. (Por fortuna para él, murió antes de saber que su “Ereignis” se viene traduciendo al castellano como “acontecimiento apropiador”.) También “Tao” es intraducible. Heidegger tuvo como discípulo a un conde japonés, el conde Kuki, que trató de transmitirle un “concepto central de la estética japonesa”, “Iki”. Sería algo así como el resplandor de lo suprasensible escondido, en lo sensible

hermoso. Pero Heidegger no lo acepta: para él lki no es un concepto, y lo de “estética”, “sensible” y “suprasensible” son inventos occidentales que nada tienen que ver con lo peculiar japonés. En estos casos, lo peor es creer que se ha entendido algo.

Parece razonable. Sin embargo, Heidegger no se conformaba con subrayar las diferencias irreductibles; además, establecía jerarquías entre las lenguas. Para él, el griego, el alemán y el euskara son lenguas más aptas para pensar que el latín, el inglés o las lenguas neolatinas. El recientemente fallecido Chillida repetía tranquilamente en todos los congresos de Ontología que organizaba y sigue organizando en San Sebastián el barcelonés Víctor Gómez Pin que Heidegger le decía a menudo que el euskara es mucho más adecuado para pensar creativamente que el español, sobre todo por la riqueza de sufijos y el matizado juego temporal del verbo.

Esa especie de racismo lingüístico no deja de sonar peligroso, pues es el camino más corto para jerarquizar a los propios hablantes en función de algo que no depende del todo de ellos mismos, lo cual es a todas luces injusto, además de un disparate.

Con todo, la idea de que cada lengua implica un punto de vista distinto acerca de lo que hay, idea compartida con Heidegger por Nietzsche, Sapir o Txillardegui entre muchos otros, parece aceptable.

Por tanto, habrá que ajustar la pregunta. La pregunta será ahora no ya ¿qué es la traducción, en general?, sino ¿cómo ve o siente eso de la traducción el vascoense? ¿Cómo interpreta el euskara la esencia de la traducción?

En vasco, traducir se dice “itzuli” y traducción “itzulpen”. “Itzuli” significa también vuelta, retorno. En euskara, la esencia de la traducción es un movimiento, un movimiento de ida y vuelta. Se pone el acento en la vuelta. En cierto modo, el euskara le plantea al euskaldun una especie de imperativo categórico, exportable quizá para culturas con dificultades para permanecer. El euskara te aconseja desechar cuanto antes angelismos como lo de “conocer culturas diferentes y aprender lenguas es en sí mismo saludable y positivo.” Déjate de memeces. Quiero durar. Por lo tanto, no te escaquees: si te vas, si aprendes otras lenguas, después vuelve, trae a casa lo aprendido. Vuelve, itzul hadi; traduce, itzul ezazu.

